

El papel de los intelectuales en la política¹

Los escritos políticos de Ortega y Gasset no constituyen una producción adicional a su obra, sino que son un ingrediente esencial de su formulación filosófica. Esto significa que la notable presencia del filósofo en la vida pública española no constituye en modo alguno una intromisión en la política ni tampoco un abandono de su actividad principal. Ortega distinguió muy bien, como veremos más adelante, el intelectual del político o, si se prefiere, la filosofía de la política, pero tenía también muy claro que la

¹ El texto que sigue constituye una ponencia presentada para su discusión en el Seminario del mismo nombre que, dirigido por el Prof. Augusto Mortal de la Universidad de Comillas, tuvo lugar en Granada dentro de la III Semana de Ética y Filosofía Política del 19 al 22 de diciembre del año 1983 y bajo el tema *La Legitimación Ética de la Política*.

participación política es una dimensión ineludible de cualquier ciudadano y, por supuesto, del filósofo.

Lo que ocurre es que la función política que cabe desempeñar a cada cual no es la misma, y a nosotros nos interesa ahora subrayar el cometido del político en sentido estricto y, por consiguiente, el del intelectual. Para ello vamos a analizar los puntos siguientes:

1. La dimensión política del ciudadano en el marco social

Uno de los ingredientes fundamentales del pensamiento sociológico orteguiano es la ineludible dimensión social del individuo. Eso era algo ob-

vio ya con los griegos, los cuales crearon y consolidaron aquella actividad de la *polis* que ha configurado la política de todo el mundo occidental bajo muy diversos aspectos y con importantes periodos en que la política se ha usado precisamente para despojar al individuo del uso pleno de ese derecho que es también un deber.

Hacia finales del siglo XVIII, y muy especialmente a lo largo del XIX, se produce un fenómeno importantísimo mediante el cual grandes porciones de la población se incorporan a la vida pública y se vive la política con caracteres de gran «descubrimiento»; en no pocos casos esto lleva a un politicismo en detrimento de otras facetas o actividades que el hombre puede desempeñar en la sociedad. La exacta dimensión política del ciudadano la determina Ortega con estas contundentes palabras:

*«El que no se ocupa de política es un inmoral, pero el que sólo se ocupa de política y todo lo ve políticamente es un majadero».*²

Todo ciudadano tiene por tanto una función política que cumplir, entre otras muchas cosas, y en el caso del político ello constituye su tarea primordial.

2. El Intelectual y la Política

El intelectual, como cualquier otro ciudadano, tiene su cometido en la política pero, ¿cuál es éste? Teóricamente al menos, posee unos conocimientos que debe aportar a su sociedad, pero más importante aún que su -sabiduría es su actitud. Debe influir en la sociedad, pero sus canales de in-

fluencia no tienen que ser necesariamente -más bien al contrario- los de la política profesional, porque entre el intelectual y el político hay diferencias muy importantes.

3. Diferencia entre el Intelectual y el Político

Ortega los diferencia muy bien, hasta el punto de pensar que sus cometidos son prácticamente opuestos. Cuando nos habla del que él considera arquetipo de político nos dice:

*«... siempre he creído ver en Mirabeau una cima del tipo humano más opuesto al que yo pertenezco».**

El intelectual teoriza en general y penetra los problemas con un solo objetivo, a saber, dar verdadera cuenta de la realidad, mientras que el político es un hombre de acción que esencialmente no necesita en sus cometidos concretos del bagaje de conocimientos intelectuales. Lo que tiene que hacer es algo distinto del intelectual y es una pretensión ridícula la comparación entre ambos. La política es de los políticos y no de los intelectuales, viene a decir Ortega en 1915, y añade:

*«No somos, en efecto, mejores que los políticos».**

Se trata de un momento muy delicado de la vida política española, cuando los sucesivos gobiernos se muestran neutralistas ante la gran guerra europea mientras un nutrido grupo de intelectuales, entre los que se encuentra Ortega firman un manifiesto en favor de los aliados (Francia e Inglaterra principalmente) porque estiman con gran cantidad de razones que la neutralidad favorece a Alema-

³Cfr. *Mirabeu o el Político*. O. C. III, 603-637. ⁴ La Nación frente al Estado. O. C. X, 279.

nia, o mejor dicho, a su política imperialista. El propio Ortega y otros se manifiestan por otra parte abiertos a reconocer la extraordinaria aportación cultural de este país a Europa.⁵

Son muchos los momentos de la obra de Ortega en que manifiesta la clara distinción entre Intelectual y Político, pero es particularmente interesante -por su claridad y contundencia- la cita que hace en el «Prólogo para franceses» (1937) de *La Rebelión de las Masas*, cuando llama la atención de que ese libro suyo se esté leyendo sólo en su dimensión política cuando el título del capítulo XV y último del mismo, avisa con toda claridad de que allí «*Se desemboca en la verdadera cuestión*».⁶ El texto de 1937 es el siguiente:

«Ni este volumen ni yo somos políticos. El asunto de que aquí se habla es previo a la política y pertenece a su subsuelo. Mi trabajo es oscura labor subterránea de minero. La misión del llamado «intelectual» es, en cierto modo, opuesta a la del político. La obra intelectual aspira, con frecuencia en vano, a aclarar un poco las cosas, mientras que la del político suele, por el contrario, consistir en confundirlas más de lo que estaban».⁷

Queda claro, pues, cuál es la función del político y la del intelectual. Hay una manera como el intelectual puede influir en la política y que analizaremos en el apartado siguiente; pero la política han de hacerla los po-

⁵El manifiesto se publicó a primeros de julio de 1915 y entre los firmantes estaban Azcárate, A. Castro, Cossío, Medinaveitia, Marañón, M. Pidal, Pittaluga, Posada, F. de los Ríos, L. Simarro, Turró, Unamuno, Zuloaga, Ciará, Araquistáin, Azaña, Azorín, Carner, A. Machado, A. Hurtado, Maeztu, Martínez, Sierra, E. de Mesa, P. Galdós, P. Valdés, P. de Ayala, V. Inclán y otros intelectuales y artistas.

⁶O.C. IV, 276-278.

⁷O.C. IV, 130.

líticos, aunque en esta época de la Historia de España una parte muy notable de los mismos son de manifiesta incompetencia.

Efectivamente, en la situación pública de Ortega y en muchos pasajes de su obra se refleja su preocupación por la vigencia y persistencia de lo que él llama *vieja política*. Observa que la sociedad española ha mejorado notablemente en los primeros lustros del siglo XX pero no así su política que, al ser cada vez peor, da la impresión de que todo va mal. Es por eso que en 1914 -fecha muy importante- Ortega hace una doble convocatoria política y filosófica, dos actuaciones claves de su quehacer intelectual.⁸ La *Liga de Educación Política Española* que propone en ese mismo momento es una llamada a grupos sociales que no son los políticos del momento. Es el primer gran aldabonazo convocando a lo que él denominaba España Vital, como contraposición a la España Oficial de los gobernantes y de aquellos gobernados que se habían contagiado de sus mismos usos y defectos. Hacia 1918, cuando tras la Primera Gran Guerra el mundo se dispone a entrar en los cambios que han de caracterizar al siglo XX, Ortega se desespera de que la política española siga en las mismas con un país que sigue sin asumir la política adecuada a los importantes cambios que se han operado en su realidad social. Y vuelve a pensar de nuevo en la sustitución de los políticos incompetentes por las mismas fuerzas que había convocado en 1914, ahora con evidente irritación:

⁸Vieja y Nueva Política, Conferencia del 23 de marzo de 1914, y *Meditaciones del Quijote*, su primer libro. Ambos en O. C. I

*«¡Señores políticos: a retaguardia, así los malos como los buenos!
¡Paso a los ingenieros, a los labradores, a los obreros, a los industriales, a los profesores, a los artistas!»***

Como puede observarse, ni siquiera en estos casos de extrema necesidad Ortega llama *sólo* a los intelectuales para sustituir a los políticos; es toda la sociedad la que prácticamente tiene que acudir a socorrer esta deficiencia de los políticos. Pasada la emergencia han de volver a su sitio desde el cual se puede también participar en la política. En el punto siguiente veremos cómo han de hacer este cometido los intelectuales.

4. El «platonismo» de Ortega y Gasset: la misión del intelectual en la política

Sabemos que Platón fue en buena medida un político frustrado, y que su no poder hacer política a causa del carácter «incurable» de la situación ateniense le lleva a tratar de ponerse en claro en cuestiones fundamentales, es decir, no otra cosa de lo que en esencia constituye la función de la filosofía.

Ortega se interesó siempre mucho por su figura; le dedica algunos trabajos y, además, su obra está llena de su-gerentes alusiones platónicas. En lo que se refiere al tema que ahora tratamos hay dos citas muy interesantes en las que puede verse cómo rectifica a Platón su conocida propuesta de que los filósofos gobiernen. Así, nos decía en 1907:

«Cuando Platón advertía que las sociedades no marcharían correctamente mientras no fueran los go-

bernantes filósofos o los filósofos gobernantes, cometió una indiscreción que, por ser él hombre tan anti-guo, casi le es perdonable».¹⁰

Y diecinueve años más tarde explica lo mismo pero con más claridad, profundidad e ironía:

«Siempre he sido hostil a Platón, porque sostuvo que los filósofos debían gobernar. ¿Qué mal habían hecho a Platón para desearles semejante destino? Preferible es que los filósofos se ocupen sólo de pensar y que, de cuando en cuando, los gobernantes lean lo que los filósofos han pensado, no para hacerles caso -jese de ninguna manera!- sino tan sólo por vía gimnástica y como puro ejercicio».¹¹

Se trata pues de que sean los políticos los que hagan la política; ésta no es sino la parte más visible de la vida social. Son los políticos los que saben manejar esos asuntos dominando los usos, tácticas y técnicas más apropiadas para conseguir sus fines. Las razones del político no son con frecuencia las mismas del filósofo o del intelectual y, en rigor, casi no son razones.

Pero hay momentos, y de manera especial esto ocurre cuando en periodos de crisis o de grandes cambios, en que la realidad tiene que ser escudriñada a fondo. Son esos los momentos en que los políticos tienen que mostrar su capacidad intelectual o aceptar la de aquellos que la tienen.

5. ¿Qué es un intelectual?

En la obra de Ortega hay abundantísimos materiales para escribir largo sobre esto. Pero ahora puede bastarnos, en el contexto de esta ponencia, la cita y el comentario de un artículo

[^] *Hacia una mejor política*. O. C. X, 398.

¹⁰ O.C.X, 17-18.

¹¹ *Sobre la muerte cie Roma*. O. C. II, 543.

del 16 de abril de 1915¹² en donde se habla de la envidia y animadversión que despierta el intelectual porque en general se les tiene por gente que se siente más inteligente que sus conciudadanos; pero no es cuestión de mayor o menor inteligencia, es decir, no es sólo eso. Ortega recuerda que el intelectual no es un «invento» de ahora sino de Grecia y por ende de la civilización europea. Configuran una nueva finalidad vital y se caracterizan porque se oponen a formas de vida o existencias como medios para servir divinidades, dominar hombres, allegar riquezas, etc. Lo propio del intelectual no es apabullar con sus conocimientos y saberes, entre otras cosas porque se pueden saber muchas cosas y no ser un intelectual, porque más que cuestión de inteligencia y formación es una actitud.

Y como el intelectual verdadero sólo acostumbra a comprometerse con la verdad, su actitud despierta recelos tanto en el ignorante como en el poderoso.

A los primeros atosiga esa impresión que dan de complicar las cosas con su lenguaje incomprensible; sospecha que a veces suele ser cierta. La gente sencilla tiene por lo general una visión muy simplista de la realidad, en contra de lo que ocurre con el intelectual.¹³

Mientras que *alos* segundos molesta extraordinariamente que el intelectual no se pliegue, colabore o se comprometa con una determinada política.

En eso consiste la miseria y la grandeza del intelectual. Todos recelan de

¹²Un buen discurso barroco. O. C. X, 300-306.

¹³Cfr. en «Las Nubes» de Aristófanes este tipo de rechazo de la gente sencilla ante los intelectuales (sofistas).

él y todos quisieran tenerlo de su lado y -a ser posible- a su servicio. Esas presiones son las que le tienen siempre en la tesitura de abdicar y falsificarse. Prácticamente todos los grupos políticos, los partidos y los gobiernos, gustan de tener sus intelectuales adheridos.

La actuación concreta del intelectual Ortega en la vida política española es un ejemplo muy ilustrativo de cuanto venimos escribiendo.

Las dos partes que, a la larga, dieron lugar a la tremenda confrontación civil hubiesen querido -y así lo intentaron- contar con su adhesión. La descalificación de Ortega por parte de las dos actitudes contrapuestas se va dibujando desde mucho antes de la guerra; sus escritos políticos -muy especialmente los publicados entre 1917 y 1933- no son en última instancia sino el gran esfuerzo *intelectual* por hacerla imposible. Por eso sus escritos políticos ya no pasan de esa fecha y, en diciembre de ese año, se queja de que no tiene periódico en que escribir:

«...se me ha insultado y vejado, constantemente desde las filas republicanas y, claro está, también desde las otras (...) han conseguido que por primera vez después de un cuarto de siglo, no tuviera yo periódico en qué escribir».¹⁴

Efectivamente, es imperdonable para esos grupos¹ que el intelectual no se «defina». Unos no le perdonan su «rectificación» de la República¹⁵ y otros -como el propio José Antonio

¹⁴*El Sol*, 3 de diciembre de 1933.

¹⁵*Rectificación de la República*. O. C. XI, 333-417.

Véase también mi artículo *El advenimiento de la Segunda República en la obra de Ortega y Gasset*. Cuenta y Razón, n.º 3.

Primo de Rivera- le recriminan que no tome el liderazgo moral e intelectual de su grupo.¹⁶ Ortega pertenece a ese grupo de españoles que, al no dejarse arrastrar por ninguna de las facciones, pierden la guerra de antemano, independientemente de cuál fuera el resultado de la misma.

Como el bando vencedor de la contienda puso un especial énfasis en que durante mucho tiempo -prácticamente hasta 1975- se mantuviera la situación de «guerra latente», el esquema se sigue manteniendo de la misma forma. Y así, Ortega seguirá siendo un intelectual codiciado

todavía por los grupos que intentan, sin ningún éxito, asimilarlo.

Para no alargar esta especie de epílogo, sólo añadir que los intentos de utilizar parodímicamente su prestigio intelectual no han desaparecido, a juzgar por muchos de los innumerables escritos que se han publicado en ocasión del Centenario de su nacimiento (1983), así como conferencias, mesas redondas, etc., de que tengo noticia. Pero el problema para quienes pretenden utilizarlo es que la obra de Ortega es tan irreductible a esquemas partidistas como lo fue él en persona.

F. L. R*

¹⁶Homenaje y reproche a José Ortega y Gasset. Haz. Dic. 1935.

* Profesor de Etica de la Universidad de Barcelona.